

á efecto. Ofendidos sus mas discretos amigos, se iban alejando de su lado y ya nada le aconsejaban. Publicóse una proclama, mandando cerrar las puertas y no dar asilo á los acusados; pero á nadie alucinaban estas órdenes; no se ignoraba la morada de los cinco miembros, y sin embargo nadie osaba penetrar en ella. Solo lord Digby quiso espiar con su audacia la imprudencia de sus consejos, y su cobardía en la cámara alta en los momentos de la acusacion. Ofreció al rey dirigirse en persona, acompañado de Lunsford y algunos caballeros, á prender á los acusados y conducirselos muertos ó vivos. Pero Carlos bien fuese por una sombra de respeto á las leyes, bien por timidez, no aceptó la proposicion y resolvió pasar al siguiente dia á pedir de un modo solemne al consejo municipal la entrega de los acusados, lisonjeándose que por medio de su presencia y suaves palabras haria entrar en su deber al pueblo cuyo encono no habia alcanzado á preverse.

En efecto salió á las diez de la mañana de Whitehall, sin escolta, como si tuviese entera confianza en sus súbditos. Agrupábase á su paso el gentío, pero frio y silencioso, y dirigiéndole solo la voz para conjurarle que no se indispusiera con el parlamento. En algunos puntos se oyeron gritos mas amenazadores; resonaron las palabras *privilegio! privilegio!* y hasta hubo quien hechó en su coche un folleto intitulado: *A tus tiendas Israel!* grito de rebelion de las diez tribus de Jerusalem al separarse de Roboam. Al llegar Carlos á Guildhall reclamó los cinco miembros con afeblidad y dulzura, protestando su adhesion á la reforma, su buena fé en las concesiones, y prometiendo obrar en todo segun las leyes. No se oyó el menor aplauso: el consejo, á par que el pueblo, estaba triste y taciturno. Dirigióse el rey á uno de los jerifes, ardoroso presbiteriano, y le dijo que iria á comer á su casa. Inclínose este, y concluida la sesion recibió al rey con pompa y respeto. Pero á su vuelta á Whitehall, Carlos solo obtuvo del gentío la misma acogida y entró en su palacio airado y abatido. Acababa de reunirse la cámara; en el acto votó que despues de tamaña violacion de sus privilegios no podia deliberar libremente hasta tanto que se le hubiese dado una reparacion y una guardia para ponerla al abrigo de tales riesgos: se prorogó por seis dias; mas no por esto permaneció activa.

Una junta revestida de plenos poderes, recibió orden de establecerse en la ciudad, para dedicarse á una informacion sobre el último atentado; y examinar el estado general del reino, particularmente el de Irlanda, de concierto con los ciudadanos fieles amigos del parlamento. La instalacion

enero, víspera de la reunion de la cámara baja, Carlos, seguido de su mujer, de sus hijos y de algunos criados, dejó la ciudad de Londres y el palacio de Whitehall, que ya no debía atravesar sino para dirigirse al cadalso.

Al día siguiente á las dos de la tarde se vió el Támesis cubierto de chalupas que conducian á Westminster á los cinco miembros, seguidas de un sin número de góndolas brillantemente empavesadas y llenas de ciudadanos. A lo largo de ambas orillas marchaban paralelamente los milicianos de Londres, llevando en las puntas de sus picas las últimas declaraciones del parlamento; mandábalos el capitán Skippon, educado en los campamentos de Gustavo Adolfo: era este capitán hombre rudo, pero sencillo, osado, de austeras costumbres, y muy popular. Seguía á la comitiva un gentío inmenso, y al pasar por delante de Whitehall desierto, se detuvo exclamando: «¿Dónde están ahora el rey y sus caballeros? qué se han hecho?» No bien llegaron los cinco miembros á Westminster, cuando se apresuraron á celebrar la adhesión del pueblo á la causa pública; y los jerifes, introducidos en la sala, recibieron gracias del presidente. Al salir se les presentó otra comitiva: cuatro mil gentilhombres, terratenientes, etc. venidos á caballo del condado de Buckingham, patria de Hampden, querían entregar á la cámara una petición contra los lores papistas, contra los malos consejeros, y á favor de su digno representante; llevaban también otras para la cámara alta, como también para el rey, y se dejaba ver inscrito en sus sombreros el juramento de vivir y de morir en defensa del parlamento contra toda clase de enemigos. Dominaba en todas partes ese entusiasmo fiero y animado que permite é instiga á los jefes populares á probar las más osadas resoluciones: los representantes del pueblo se arrojaron á ellas, á la manera que aprovecha el piloto un viento fuerte, pero propicio. La cámara á las pocas horas de estar reunida votó que ninguno de sus miembros pudiera ser arrestado sin su consentimiento. Adoptóse un bill que daba á las cámaras derecho de reunirse donde les pluguiese, y se redactó un mensaje para pedir al rey que se sirviese quitar á sir John Byron el mando de la torre. Interin se aguardaba la respuesta, se encargó á Skippon que colocase guardias alrededor de este fuerte; se enviaron cartas á Goring, gobernador de Portsmouth, prohibiéndole recibir en la ciudad tropas ó municiones sin autorización del parlamento; á sir John Hotham, rico é influente en el condado de York, se le ordenó partir sin demora para ir á tomar el mando de Hull, plaza importante, y llave del Norte de Ingla-

terra, donde se encontraban grandes arsenales. A los dos días se había ya votado que el reino estaba en peligro; y si bien rehusaron los lores adherir á esa votación no por esto dejó de servir por todas partes de aviso al pueblo.

Con razón preveía la cámara una guerra, porque también el rey se preparaba á ella. Vivía en Londres impotente y humillado; pero apenas salió de la ciudad, y se vió rodeado de sus partidarios se entregó á la esperanza de vencer á mano armada al enemigo de quien huía sin combatir. Parecía también á los caballeros que iba á declararse la guerra, y se apresuraban á darle principio. La cámara supo que doscientos de entre ellos al día siguiente de su partida se dirigían hacia Kingston, depósito de almacenes del condado á seis leguas de Londres, sin duda para establecerse en aquel punto. Lord Digby había salido á su encuentro para darles gracias por su celo en nombre del rey, y tramar con ellos algún designio fatal. El parlamento tomó prontas medidas que desbarataron estos planes, y lord Digby, vivamente denunciado, huyó al continente. El rey entre tanto pasó á Windsor para alejarse más de Londres: allá le siguieron los caballeros, Lunsford con ellos, y en un consejo secreto se decidió que la reina pasaría á Holanda, llevándose consigo las joyas de la corona para comprar municiones y armas, y solicitar socorros de los reyes del continente. Se daría por pretexto de este viaje la necesidad de presentar al príncipe de Orange la princesa Enriqueta María, niña todavía, y ya desposada con él seis meses antes. El rey por su parte sin romper sus relaciones con las cámaras, debía retirarse gradualmente á los condados del Norte, donde eran numerosos sus partidarios, fijar en York su residencia, y esperar la ocasión y los medios de obrar. Para llevar á cabo este plan, hizo misteriosamente la reina los preparativos de su viaje, y el rey invitó á las cámaras á reunir sus pretensiones en un solo cuerpo y presentarlas juntas prometiendo hacer justicia, y poner de este modo término á sus debates.

La cámara alta recibió con júbilo este mensaje: en ella figuraban muchos amigos del rey, y otros que eran los más, se hallaban cansados y solo aspiraban á hacer cesar la lucha de los partidos. Pero los representantes del pueblo, más previsores y determinados, no podían creer que el rey se aviniese á hacer tales concesiones, ni que se atuviera á lo prometido. De consiguiente su proposición fue considerada solo como un ardid para hacerles abandonar el campo. Se negaron por lo tanto á acceder á las espresivas gracias que daban los lores, á menos que se su-

plicase antes al rey dar el mando de la torre, de las plazas fuertes y de la milicia á hombres que poseyeran la confianza del parlamento. La cámara alta rehusó esta enmienda, pero treinta y dos lores protestaron, y la cámara baja, fuerte con el apoyo de esta minoría, dirigió sola al rey su petición. Respondió este con negativa formal tocante á las plazas y á la torre, en términos vagos y evasivos en punto á la milicia, y al parecer únicamente decidido á ganar tiempo. Mas los representantes del pueblo no querían perderlo; así en Windsor como en Lóndres tenían confidentes y amigos; no ignoraban los proyectos del rey, ni el viaje de la reina, ni las intrigas de la córte en el Norte del reino y en el continente.

El peligro se hacia cada vez mas inminente: ¿no podia acontecer que el rey estuviese preparado para la guerra antes que se hubiese decidido la cuestion de la milicia para oponérsele? Temores mas ciegos agitaban al pueblo; hablábase de municiones sacadas de la torre, de tramas contra la vida de los jefes populares, y todos se indignaban de haber vencido tantas veces sin haber sacado ningun fruto de la victoria. Solo una nueva y viva esplosion de la opinion pública, decian, puede dar al traste con los nuevos obstáculos, armar á los ardorosos, llevarse tras sí á los tibios y desarmar á los malvados. Aumentáronse las peticiones, procedentes de todos los condados y de todas las clases de ciudadanos: los aprendices, los mercaderes, los jornaleros, y hasta las mujeres se reunian alrededor de Westminster para presentar las suyas. Al ver á estas por primera vez se admiró Skippon que mandaba la guardia: «Que nos escuchen, gritaban; donde hoy veis una mujer, mañana habrá quinientas.» Pasó el comandante á recibir órdenes de la cámara, y de vuelta las obligó con buen modo á que se retirasen. Pero volvieron á los dos dias, llevando á su frente á una tal Ana Stagg, mujer de un rico cervecero, encargada de presentar una petición al pié de la cual se esplicaban sus motivos. «Semejante paso, decian, no desdice de nuestro sexo; Cristo nos salvó lo mismo que á los hombres; como ellos sufrimos las calamidades públicas, como ellos tenemos una vida que sostener, y una alma que salvar: no hacemos esto por vanidad ú orgullo de corazon, ni para compararnos á los hombres en autoridad ó en sabiduría, sino solo para cumplir con lo que debemos á Dios, á su iglesia y á nuestro país.»

La petición fue recibida, y Pym salió para responder á ella: «Buenas mujeres, dijo á las peticionarias que le rodearon, vuestra petición ha sido leída, la cámara os da gracias; os rogamos que volvais á vuestras familias, y que vuestras peticiones se conviertan en preces para el buen

éxito de nuestros trabajos: siempre hemos estado y estaremos prontos á defenderos, como tambien á vuestros esposos y á vuestros hijos.» Retiráronse sin tumulto: notable ejemplo de reserva en medio del entusiasmo, y de gravedad moral en las intrigas de los partidos.

Las peticiones eran uniformes; todas clamaban por la reforma de la iglesia, el castigo de los papistas y la represion de los malvados. Algunas avanzaban hasta el punto de amenazar abiertamente á la cámara alta: «Que los nobles lores, se decia, que desean tomar parte en las excelentes resoluciones del parlamento, se unan á los representantes del pueblo, votando con ellos en un solo cuerpo: con esto se disiparán todos nuestros temores, y se prevendrán los golpes á que por desesperacion se arrojarían al cabo los hombres mas pacíficos.—Nunca hemos desconfiado de la cámara baja, esclamaba el pueblo á las puertas de Westminster; pero dicen que todo lo paralizan los lores; dénsenos los nombres de los que así impiden la buena armonía entre las dos cámaras: pronto buscaremos un remedio.» Aun en el seno mismo de la cámara alta el lenguaje de los partidos era ya el de la discordia. «Cualquiera que rehuse unirse á los representantes del pueblo en la cuestion de la milicia, dijo el conde de Northumberland, es enemigo del Estado.» Se le intimó que se explicase. «Sobrado lo entendemos todos,» esclamaron sus amigos que en esta cuestion pertenecían á la minoría. La muchedumbre estaba á las puertas; se apoderó de los lores el temor; muchos de ellos se salieron; otros mudaron de opinion; el mismo canceller Littleton, salvo inútiles reservas, dió su voto en favor de la cámara baja, y pocos dias despues fue adoptado al par que el bill de exclusion de obispos, de que hacia tres meses que no se hablaba.

No estando todavía redactado el decreto sobre milicia no se presentó al rey mas que ese bill: la perplejidad de Carlos llegó al extremo. Acababa de anunciar á las cámaras el próximo viaje de la reina: habia renunciado para aplacarlas á todo procedimiento contra los cinco miembros; consentia tambien en nombrar gobernador de la torre á sir John Conyers, designado por los representantes del pueblo; pero entraba en sus miras eludir en adelante toda cuestion hasta tanto que estuviese dispuesto para sus fines peculiares. La exclusion de los obispos era para él un cargo de conciencia; el abandono de la milicia entregaba á sus contrarios todas las fuerzas del país. Instigábanle sin embargo; sus mismos consejeros no creían que pudiese negarlo todo; lord Falkland se inclinaba siempre á las concesiones; Colepepper insistia vivamente en la

adopción del bill sobre los obispos, diciendo que la milicia era asunto de mayor importancia; que con la espada podría reconquistar el terreno, y que entonces sería fácil declarar nulo un consentimiento que la violencia hubiese arrancado. «Es de este parecer Hyde? preguntó el rey.—No, señor, os lo confieso; antes por el contrario, piensa que ni uno ni otro bill debe ser sancionado.—Tiene razón, y así pienso yo.» Colepepper fué á hablar con la reina, le pintó los peligros del monarca y los suyos propios, sin olvidarse de los obstáculos que encontraría en su viaje, único medio de poner al rey en estado de vencer un día á sus enemigos.

A sus gestos y á sus palabras, la reina tan propensa á dar entrada al miedo como á la esperanza, y no muy amiga por otra parte de los obispos anglicanos, se dejó persuadir fácilmente. Corrió en busca de su marido, rogó, lloró y se deshizo en exclamaciones por su seguridad, por su porvenir, y por el de sus hijos. Carlos era incapaz de resistirla, y cedió con tristeza, como en la causa de Strafford, autorizando á los comisionados para que firmasen en su nombre el bill; pero no habló de la milicia, y partió á poco para Douvres, donde debía embarcarse la reina.

Apenas hubo llegado cuando se encontró con un mensaje de la cámara baja que daba más importancia al decreto sobre la milicia que á la exclusión de los obispos, ya vencidos y encarcelados. Se habían apresurado los representantes del pueblo á redactar su decreto, y añadiendo además los nombres de los que debían mandar en cada condado, y demandando para todo una pronta sanción. «Necesito tiempo, dijo el rey, contestaré á mi vuelta.» Al volver del embarque de la reina (28 febrero de 1642) se encontró con un nuevo mensaje en Cantorbery, más apremiante que el anterior. Supo al propio tiempo que la cámara baja se oponía á la partida de su hijo Carlos, príncipe de Gales, al que quería llevarse consigo al Norte; que el procurador general Herbert era perseguido por haberle obedecido con acusar á los cinco miembros; y que en fin habían interceptado y abierto una carta de lord Digby á la reina. Tanta desconfianza después de tantas concesiones le ofendió sobre manera, como si estas hubiesen sido sinceras. Trató á los mensajeros agríamente, sin decidirse por nada. Al llegar á Greenwich encontró al príncipe, al que su ayo el marqués de Hertford había conducido á aquel punto á pesar de la prohibición de la cámara. Tranquilo entonces por su mujer y por sus hijos, envió á las cámaras su respuesta. Ofrecía confiar la milicia á los comandantes que se le designaban, pero conservando el derecho de revocarlos, y esceptuando de esta medida á las principales

ciudades del reino, cuya milicia debía permanecer bajo el imperio de sus Estatutos y antiguas leyes: después partió para York, viajando lentamente. Alzáronle en Theobalds doce comisionados de las cámaras: al recibir su respuesta habían votado que era una negativa, que si persistía dispondrían de la milicia sin su consentimiento, y que solo su vuelta á Londres podía prevenir los males que amenazaban al reino.

El tono del mensaje era áspero, como si las cámaras hubiesen querido dar á entender que se sentían fuertes y no temían manifestarlo. «Estoy tan admirado, dijo el rey, que no se como responderos: habláis de temores y de desconfianzas; pues bien, consultad vuestra propia conciencia, y decidme sino debo yo también tener desconfianzas y temores. He meditado bien la cuestión de la milicia; mi respuesta es justa; á ella me atengo. Tocante á que resida cerca de vosotros, quisiera poderlo hacer segura y honrosamente y no tener motivos para dejar á Whitehall; ¿qué decis á esto? Por mi honor os aseguro que solo deseo paz y justicia para mi pueblo; espero que sabré mantener estos dones, y para defenderme á mí y á mis derechos cuento con la bondad de Dios;» y continuó su camino.

Ocho días después, (9 marzo 1642) se le presentaron nuevos comisionados en Newmarket, con una declaración en que el parlamento recapitulaba todas sus pretensiones y temores, justificaba su conducta, y le conjuraba á que volviese á Londres, corriese en armonía con su pueblo, y disipase de este modo los funestos presentimientos que agitaban á todos los corazones. Una viva emoción se traslucía al través de un lenguaje enérgico, que asimismo se manifestó en la entrevista de los comisionados con el rey; su conversación fue larga, familiar y agitada, como entre individuos que miran próximo un rompimiento, y procuran hallar algún medio de persuadirse. Era evidente que dos partidos que juzgaban inevitable la lucha y estaban decididos á sostenerla, solo deseaban hacer un último esfuerzo de conciliación, aunque sin esperanzas de buen éxito. «¿Qué queréis pues? dijo el rey: ¿he violado vuestras leyes? ¿he rehusado ningún bill para la seguridad de mis súbditos? No os preguntaré yo lo que habéis hecho por mí. ¿Hay alguien que tema todavía? Yo ofrezco un perdón tan general y tan completo como vosotros mismos podáis idearlo.—¿Pero la milicia, señor? dijo lord Holland.—La milicia! yo no me he negado.—Vuelva pues V. M. por lo menos cerca del parlamento.—Ningún acto vuestro me invita á hacerlo; ¿creeis que me decida vuestra declaración? ciertamente que no habreis encontrado tales medios de



ABADIA DE WESTMINSTER.

de la junta se hizo pomposamente en Guildhall donde la esperaba una crecida guardia, y donde le salió al encuentro una diputacion del consejo municipal, que puso á su disposicion todas las fuerzas y el servicio de sus habitantes. Sus sesiones fueron tan activas como las de la cámara; todos sus miembros tenian derecho á asistir á ellas; allí inmediata estaba la casa que servia de asilo á los cinco acusados, y nada se hacia sin los consejos de estos. Muchas veces pasaron en persona á la junta, y el pueblo los aplaudia, envanecido de poseer y custodiar á sus representantes. En medio de su victoria hábiles manejos enardecian su celo y daban pábulo á sus terrores. Cada vez mas se iba estrechando la alianza de la cámara y del pueblo. Por último, aquella junta, por su sola autoridad y como si fuese la cámara misma, publicó una declaracion que contenia el resultado de sus investigaciones. Entonces el consejo municipal dirigió al rey una peticion quejándose de los malos consejeros, de los caballeros, de los papistas, del nuevo gobernador de la torre, abrazando la causa de los cinco miembros, y pidiendo todas las reformas que la cámara baja habia dejado entrever (7 de enero 1642).

El rey quedaba solo en Whitehall, perdida la confianza de sus mas fieles partidarios. Aun los mismos caballeros se dispersaban intimidados ó guardaban silencio. Probó á responder á los municipales, ordenando de nuevo el arresto de los acusados, pero sus contestaciones se habian desacreditado ya, y sus órdenes no tenian efecto. Supo que dentro de dos dias abriria la cámara sus sesiones y que los cinco miembros serian conducidos pomposamente á Westminster por las milicias, el pueblo, y aun por los marineros del Támesis, cuya confianza creia poseer: «¡Como pues! dijo con enfado, hasta esos ratones de agua me abandonan!» Estas palabras divulgadas entre los marineros fueron recibidas como un insulto que debia ser vengado. Carlos no pudo resolverse á ver pasar por delante del palacio á sus enemigos en triunfo. La reina, tímida é iracunda á un mismo tiempo, le conjuraba á que se alejase; por otra parte, los realistas y los mensajeros enviados á distintos puntos del reino prometian seguridad y fuerza; los caballeros, vencidos en Lóndres, exageraban su valimiento en los condados: lejos del parlamento el rey seria libre, y sin él, ¿qué podria el parlamento? Adoptóse la resolucion; se convino en que se retirase á Hamptoncourt, y en seguida mas lejos si preciso fuere; se espidieron órdenes secretas á los gobernadores de algunas plazas con cuyo afecto parecia poder contarse; el conde de Newcastle partió para el Norte, donde era grande su influencia; y el 10 de